

Que el conde Walewski había dado aviso al gobierno de S. M. Británica de la existencia de una secta que en sus publicaciones y meetings erigía el asesinato en doctrina y que en el espacio de ocho años había enviado á Francia nada menos que ocho asesinos para matar al emperador. «S. M. os ha definido del modo más claro el carácter de nuestras gestiones, cuando os escribió á fines de enero: — No me hago ninguna ilusión sobre la poca eficacia de las medidas que se podrían tomar, pero siempre será este un buen procedimiento que calmara muchos enojos. Hoy ya no es cuestión de salvar mi vida, sino de salvar la alianza... — Creo inútil deciros, por otra parte, que jamás se me ha ocurrido considerar la legislación inglesa como protectora á sabiendas de los criminales. Mi despacho del 20 de enero no tenía más objeto que llamar la atención sobre un estado de cosas desagradable; pero me he abstenido cuidadosamente de expresar una opinión cualquiera acerca de las medidas adecuadas para remediarlo... Al dar estas seguridades á lord Malmesbury, tendréis la bondad de añadir que habiéndose desconocido las intenciones del emperador, el gobierno de S. M. se abstendrá de continuar una discusión que, de prolongarse, podría lastimar la dignidad y la buena inteligencia de los dos países, y que confía pura y simplemente en la lealtad del pueblo inglés.»

Este despacho, que no tenía más inconveniente que el de ser tardío, era sin duda muy bonito, así en el fondo como en la forma; pero hay que convenir en que parecía anormal que los ministros ingleses hubiesen tenido conocimiento de él antes que el embajador de Francia en Londres, á quien iba dirigido.

XXIV

EL MARISCAL PELISSIER EMBAJADOR

Por decreto de 23 de marzo de 1858 el mariscal Pelissier, duque de Malakoff, fué nombrado embajador de Francia en Londres, en reemplazo de M. de Persigny. Este dió en tal ocasión una prueba de patriotismo y de elevación de miras. El 24 de marzo escribió al conde Walewski: «Se ha hecho el nombramiento del duque de Malakoff para colocar de nuevo la política del gobierno del emperador al nivel en que estaba antes de las últimas circunstancias. Al escoger para reemplazarme á un hombre eminente cuyo nombre es el símbolo de una política digna y firme al mismo tiempo que trae á la memoria de los dos países el recuerdo más glorioso de su alianza, el gobierno da en cierto modo una ostensible adhesión á las observaciones que le había manifestado al presentarle mi dimisión. El doble objeto á que no he cesado de aspirar por mis esfuerzos y por mis consejos, la conservación de la alianza y el mantenimiento de nuestra dignidad, resulta admirablemente indicado con la elección de mi sucesor, y de este modo puedo aplaudirme de no haber apelado en vano al justo orgullo de mi gobierno. Por lo demás, jamás he dudado un instante de las verdaderas miras del emperador, y por esto no temí, exponiéndome á disgustarle, rasgar violentamente el velo que le ocultaba la verdad. Con este acto de abnegación he perdido una situación grande y elevada que convenía á mis gustos, pero tengo la convicción de haber cumplido con mi deber y servido á mi país.»

En seguida se comprendió en Inglaterra, lo mismo en las esferas oficiales que en el público, el sentido del nuevo nombramiento. El conde de Persigny añadía: «Lord Malmesbury, que anoche vino á pasar la velada conmigo, me ha dicho que la reina, que había acogido con viva satisfacción el nombre del mariscal, consideraba esta elección como un testimonio de alta consideración á Inglaterra al mismo tiempo que de elevada dignidad para Francia. Este nombre pronunciado anoche ha producido desde luego el efecto que debe causar dondequiera cierta emoción saludable, porque la reflexión precisó en breve su verdadero sentido.»

He aquí cómo relató el mariscal la toma de posesión de su embajada (despacho del 17 de abril de 1858): «A mi llegada á Londres el 15 de abril, he sido recibido con viva solicitud por la población de esta ciudad y por las autoridades civiles y militares. Las tropas estaban formadas en la carrera, y el Ayuntamien-

to me ha presentado un mensaje redactado amistosamente y al cual he respondido con algunas frases cordiales que parecen haber complacido á las personas que las han comprendido. Inmediatamente después de mi llegada á Londres, he pasado aviso á lord Malmesbury, que me ha citado para el 16 al mediodía. He sido puntual á la cita y nos hemos separado con la recíproca satisfacción de habernos visto, prometiéndonos reunirnos de nuevo á las tres en el palacio de la reina. He tenido el honor de presentar mis credenciales á S. M., que me ha dispensado lisonjera acogida, y sobre todo me ha hecho muchas preguntas demostrando afectuoso interés por el emperador y la emperatriz. Esta noche comeré con S. M. y creo que están también convidados los principales generales del ejército de Crimea que se hallan en Londres.» El príncipe Alberto escribió con este motivo al barón Stokmar: «El duque de Malakoff ha comido con nosotros. Habla con toda franqueza del estado de los asuntos en Francia y censura muchas de las medidas tomadas por su soberano. Está disgustado por tener que frecuentar la alta sociedad, cosa que detesta, pero le lisonjea ser embajador y haber sido tan bien recibido en Inglaterra. En cuanto diplomático, ignora los detalles de los negocios, pero su influencia como hombre puede ser útil.»

En el mismo momento en que el mariscal se felicitaba de la recepción brillante y cordial que se le había hecho, ocurrió un incidente que estuvo á punto de ocasionar nuevas complicaciones. Simón Bernard, uno de los cómplices de Orsini, fué absuelto el 17 de abril por un jurado inglés, á pesar de que no cabía duda acerca de su culpabilidad. Se había asociado al pedido de las bombas y las había enviado á Bruselas y de aquí á París; había dado dinero á Rudio, un pasaporte falso, una señal para que se conociesen, y le había despachado para que se presentase á Orsini. El gobierno inglés estaba persuadido de que Simón Bernard sería condenado y se preparaba á presentar la sentencia como contestación á los que le acusaban de inercia ó de impotencia. Los ministros de la reina lamentaron la absolución tal vez más que los del emperador.

El mariscal-embajador, conservando su sangre fría, se esforzó por calmar á su gobierno, y el 18 de abril escribió al conde Walewski: «Hásemelo presentado ocasión de conocer en palacio, donde he tenido el honor de comer ayer, las impresiones de S. M. y las de lord Malmesbury sobre el resultado del proceso Bernard. La reina y el principal secretario de Estado me han expresado el temor de que este suceso pareciera justificar las sensibles desconfianzas de que el pueblo inglés y su gobierno han sido recientemente objeto al otro lado del estrecho, y de que en nuestro país no se comprenda bastante el poco eco que los aplausos de algunos refugiados al veredicto del jurado han encontrado en toda la parte sana de la población y en la verdadera opinión pública de Inglaterra. No pongo en duda la sinceridad de estos sentimientos.»

La opinión del mariscal era que no se debía perder la calma, sino tener paciencia y contemporizar. «La resignación tiene á veces su trivialidad, decía en

otro despacho del 23 de abril; pero estamos en el caso de dejar correr el agua por debajo del puente y de que pase el tiempo sobre tantas cosas que una estricta prudencia hubiera podido evitar y que el ministerio inglés está pronto á conjurar, porque, cualesquiera que sean sus buenas y sinceras intenciones con respecto á la alianza, sufre el castigo de haber conseguido alcanzar el poder con motivo de una cuestión de política extranjera.»

En París se consideraban las cosas con menos calma. El conde Walewski escribía el 21 de abril al mariscal: «La absolución de Bernard ha producido en Francia, como era de temer, una sorpresa penosa y general; el sentimiento público está profundamente excitado, é incumbe al gobierno del emperador que esta impresión se manifieste en todos los puntos del Estado. En tales circunstancias, y sin que tengáis que modificar en modo alguno vuestras relaciones con el gobierno de S. M. Británica cuyas disposiciones habéis podido apreciar, el emperador desea que en vuestra actitud general haya cierta reserva y en particular que os abstengáis de asistir á banquetes públicos en los que la costumbre admitida os pondría en la obligación de contestar á los brindis que en ellos se pronunciasen.»

El mariscal contestó el 23 de abril: «Señor conde: Comprendo fácilmente la sorpresa causada en Francia por la absolución de Bernard; pero esta emoción es por lo menos tan penosa en el ánimo de la reina, de los ministros ingleses y de la población distinguida y sensata, y se habla con bastante desdén de los jurados y de sus apreciaciones. Pero en fin, en esto media ya autoridad de cosa juzgada y me parece difícil volver sobre semejante estado de cosas. No sé cómo podría modificar mi conducta con un gobierno tan contrito, si no más que nosotros, de esta situación y que, con el único objeto de evitar un escándalo público, vacila en proseguir procesos que vendrían á parar necesariamente en nuevas absoluciones.»

»En cuanto á los banquetes y á las reuniones en que se pronuncian discursos, huiré en lo posible de ellos, pero hubiera sido difícil, descortés y poco prudente rechazar la invitación del *United Service Club*, presidido por S. A. R. el duque de Cambridge, en el que no había que temer brindis intempestivos, y aunque los hubiese habido, sería fácil en mi concepto dejar en su puesto los hombres y las cosas. Pero nada de esto era de temer, y por el contrario, las palabras cambiadas y las impresiones comunicadas han sido propias para inspirar la convicción de que en el ejército, en la marina, en todas las fracciones de la sociedad que se respeta no cabe poner en duda las vivas simpatías hacia el emperador y su gobierno, del propio modo que se manifiesta una cordialidad sincera por nuestra marina, nuestro ejército y sus jefes. Si hubierais asistido á esta reunión, de seguro que no os hubieran preocupado esos energúmenos gangrenados al contacto de la hez de nuestros refugiados y que son los únicos que pueden hacer gala de una detestable adhesión á los hechos de un satélite de Orsini.» La conclusión del duque de Malakoff era la siguiente: «Es cuerdo,

prudente y racional dejar que el tiempo aplaque una agitación que sólo existe en las más bajas esferas.»

Los periódicos de Londres presentaron el banquete del *United Service Club* como una manifestación en favor de la alianza anglo-francesa. El *Post*, haciendo observar que se aplaudió con entusiasmo el brindis á la salud del emperador y de la emperatriz, añadía: «Aunque los dos Estados puedan tener miras diferentes en política, no existe en Inglaterra, excepto en esa hez del pueblo siempre pronta á sobrenadar á la menor señal de borrasca, un solo hombre que no vea en el soberano de Francia un amigo sincero de nuestra patria y que no desee vivamente que la Providencia le conserve largos años para el mantenimiento de la paz y de una afectuosa alianza entre las dos poderosas naciones.» Después del *United Service Club* le tocó el turno al *Club del ejército y de la marina*, que ofreció también un banquete al ilustre guerrero. Luego las grandes familias de la aristocracia inglesa celebraron sucesivamente fiestas en su honor. Corría la época del movimiento de la alta sociedad, y el mariscal fué el niño mimado de la *sesión*.

En medio de las demostraciones en favor de la alianza, el ministerio tory creyó que podría dejar caer en el olvido el *conspiracy bill* presentado por lord Pálmerston. Sin retirarlo oficialmente, llegó al mismo resultado no pidiendo la segunda lectura antes de terminar la legislatura. Se había disipado el nublado, y se podía creer que todo había vuelto á los hermosos días de la cordialidad entre las dos naciones.

Napoleón III estuvo bien inspirado al confiar, en circunstancias difíciles, la embajada de Francia en Inglaterra al héroe de Malakoff. Era éste en el fondo un hombre de talento que, bajo un exterior de franqueza y hasta de brusquedad soldadesca, ocultaba un sano criterio y gran sagacidad. El mariscal había sido algo diplomático en Crimea. Sin incurrir en el desagrado del emperador, había logrado rechazar el plan del monarca, que consistía en atacar á Sebastopol, y realizar el suyo, que era el asedio y nada más que el asedio. Las cartas que escribió entonces á Napoleón III prueban su tacto y su habilidad. En Londres tuvo el buen acuerdo de comprender que la absolución de Bernard era la contestación á los inoportunos mensajes de los coroneles, y no podía hallarse diplomático de carrera cuya actitud fuera más circunspecta y más conciliadora que la suya, de suerte que á él se debió el restablecimiento de la alianza comprometida.

Aquellos de mis colegas que tuvieron el honor de servir á las órdenes del duque de Malakoff durante su embajada en Londres, que duró desde el 23 de marzo de 1858 hasta el 9 de mayo de 1859, me han dicho que era un joven benévolo, bueno y justo. El mariscal los trataba familiarmente y jamás se daba importancia ni manifestaba altanería. Era aficionado á la literatura y hasta poeta en sus ratos de ocio. Un día dijo al vizconde de Beaumont, joven y distinguido diplomático: «Leed esta composición que acabo de recibir: me parece exe-

crable.» M. de Beaumont leyó la poesía y luego dijo prudentemente: «Señor mariscal, perdonadme si no soy de vuestro parecer, pero estos versos me parecen muy buenos. — Tenéis olfato, replicó el mariscal, porque esos versos son míos.»

El duque de Malakoff demostró en su embajada noble independencia de carácter. Su encuentro con el duque de Aumale fué célebre. Ernesto Daudet lo ha contado con mucho atractivo en la excelente obra que ha dedicado á la memoria del ilustre príncipe académico. El encuentro ocurrió en Hyde-Park. El carruaje del hijo de Luis Felipe acababa de cruzarse con otro, cuyo cochero y lacayos llevaban, lo mismo que los del príncipe, la escarapela francesa. El duque de Aumale reconoció al mariscal Pelissier, á quien no había visto desde la época en que era su jefe como gobernador general de Argelia. El mariscal, al ver al príncipe, se levantó y le saludó. Ambos se apearon del coche al mismo tiempo y se abrazaron en presencia de los paseantes admirados. «Monseñor, dijo entonces el duque de Malakoff, sirvo á Francia reinando Napoleón III como la serví reinando vuestro padre; pero no he dado nada al olvido. En mi despacho tengo vuestro retrato. Llevo siempre la cruz de San Luis que me han dado los Borbones, y tengo cuidado de ostentarla cuando voy á ver á mi padischah, quien no ignora la adhesión que os profeso. Ahora, confío en que nos volveremos á ver.»

El mariscal Pelissier tenía mano de hierro y corazón de oro.

* * *

A Napoleón III le gustaba Fontainebleau tanto como á Napoleón I. Su afición á la historia le hacía comprender las bellezas de un palacio en que parecen resucitar las glorias francesas, y en que todos los estilos de arquitectura desde la época de San Luis hasta nuestros días están representados por ejemplares magníficos. En la capilla de aquel palacio había sido tenido en las fuentes bautismales por su tío Napoleón I y por la emperatriz María Luisa, y siendo niño había jugado bajo los árboles seculares de los jardines y del bosque.

No parece sino que las sombras de los monarcas, de las reinas, de las favoritas, de los grandes ministros, del papa Pío VII, alternativamente huésped venerado y prisionero del emperador, aparecen en el palacio legendario. La figura que allí ha dejado la huella más profunda es la del vencedor de Austerlitz, ese acaparador de glorias. El mismo Luis XIV no se apodera tanto de la mente de los visitantes, y lo que más impresión causa es el patio de la Despedida. Créese ver allí el gigante de las batallas que acaba de firmar su abdicación, bajando despacio la escalinata y estrechando contra su corazón el águila de los granaderos de su guardia.

Napoleón III ocupaba en el palacio de Fontainebleau las habitaciones de su tío, que daban al Jardín de Diana. Los dos emperadores tuvieron el mismo

despacho, la misma alcoba, la misma sala del trono é igual sala del Consejo de ministros.

La emperatriz Eugenia habitaba los aposentos de María Antonieta, esa poética y desgraciada soberana á la cual profesa verdadero culto. Su dormitorio era el de las *Cinco Marías*, así llamado de las cinco reinas que llevaban este nombre: María Teresa, mujer de Luis XIV; María Leczinska, de Luis XV; María Antonieta, de Luis XVI; María Luisa, de Napoleón I, y María Amelia, de Luis Felipe I. Esta cámara soberbia, que tiene vistas al jardín de Diana, está tapizada de sederías regaladas por la ciudad de Lyon á María Antonieta con motivo de su casamiento. Hace pocos años, la emperatriz Eugenia ha vuelto á visitarla, y en ella ha meditado sobre la inestabilidad de las grandezas humanas. La viuda de Napoleón III, vestida de negro, con un largo velo, en la cámara de la reina mártir, en el palacio de Fontainebleau, ¿no ofrece un conmovedor asunto para inspirar á un pintor? Pero volvamos á los hermosos días de la emperatriz Eugenia, al tiempo en que Fontainebleau era para ella mansión de placeres.

Lo mismo que Napoleón III en su infancia, el pequeño príncipe imperial se paseaba bajo los árboles. *La Abeja*, periódico de la población, decía: «¡Con qué emoción ven los habitantes de Fontainebleau circular por las calles y paseos de la ciudad á ese bonito príncipe imperial en cuyas facciones se retrata ya toda la benevolencia de corazón de su madre! ¡Quiera Dios concederle largos años de vida y hacerle digno de su noble padre!» Nunca había estado el palacio tan animado, ni aun en los tiempos de Francisco I y Luis XIV. Todavía se ven hoy junto á la verja del patio de la Despedida dos garitas en cada una de las cuales había un centinela á caballo. De continuo entraban y salían en aquel patio magníficos carruajes. Los convidados se alojaban en el ala derecha, la de Luis XV. Por la noche, todas las ventanas, ahora cerradas y sombrías, resplandecían de luz. Se almorzaba y comía en esa admirable galería de las Fiestas — la sala de Enrique II, — que con su techo deslumbrador, su chimenea monumental, su tribuna de los músicos, sus grandes balcones, que daban unos al parterre y otros al patio oval, sólo tiene de comparable en cuanto á esplendor la galería de los Espejos de Versalles. Las mujeres hermosas evocaban el recuerdo de las doncellas de honor de Catalina de Médicis, del *escuadrón volante* como se las llamaba en la corte de los Valois. Todo el lujo y toda la elegancia de la antigua monarquía parecían revivir á pesar de nuestra época burguesa.

Las preocupaciones políticas de 1858 no impidieron al emperador y á la emperatriz pasar una temporada en Fontainebleau. Los paseos por el bosque, las cacerías debían disipar los lúgubres recuerdos del atentado del 14 de enero y hacer olvidar las complicaciones que los mensajes de los coroneles habían originado en Inglaterra. Antes de pensar en las aventuras y en los peligros de la guerra de Italia, el emperador iba á disfrutar en paz de un agradable reposo.

Cuando la emperatriz Eugenia entraba en el palacio por la escalinata, podía pensar en las princesas que como ella habían subido triunfalmente sus gradas y que fueron condenadas al destierro: la duquesa de Berry, cuya primera entrevista con su esposo tuvo lugar en el bosque, en la encrucijada de San Herem; la de Orleans, que al llegar de Alemania fué recibida en lo alto de la escalera por Luis Felipe y María Amelia. La emperatriz podía preguntarse si le estaría reservada la misma suerte que á aquellas dos desgraciadas princesas; pero en la corte de Napoleón III nadie tenía semejantes presentimientos en 1858.

El domingo 23 de mayo llegaron á Fontainebleau el emperador, la emperatriz, el príncipe imperial, la reina de Holanda, el príncipe real de Wurtemberg, el príncipe Napoleón, la princesa Matilde, el príncipe Alejandro de los Países Bajos, el príncipe Joaquín Murat, la condesa de Montijo, el embajador de Inglaterra y lady Cowley, y los ministros de los Países Bajos y de Wurtemberg.

Allí, como en Compiègne, SS. MM. y sus ilustres huéspedes pasaron un mes agradable, disfrutando de diferentes distracciones que para el emperador fueron una tregua á sus preocupaciones políticas y á los recelos de sus aventurados proyectos para el porvenir. En la noche del 20 de junio la familia imperial estaba instalada de nuevo en el palacio de Saint-Cloud.



El príncipe imperial